

## A CINCUENTA AÑOS DEL CONCILIO: LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL.

### DIÁLOGO EN EL UNIVERSO HUMANO.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

He aceptado con agrado la invitación a comentar durante el presente 2013 uno de los documentos centrales del Concilio Vaticano II, que junto con los referentes a la Divina Revelación, al misterio de la Iglesia y a la Sagrada Liturgia forman la columna vertebral de lo que fue el acontecimiento mayor del siglo XX para la comunidad cristiana.

Me refiero a la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, conocida por sus palabras iniciales en latín, *Gaudium et spes* (Gozo y esperanza), aprobada después de intensas y fructíferas discusiones y cambios en su redacción un día antes del cierre de la reunión sinodal, el 7 de diciembre de 1965. La votación sobre ella fue positiva, pero tuvo un número mayor de abstenciones y votos negativos de cualquier otro documento, señal de las dificultades para aceptar lo que fue sin duda un vuelco en la actitud eclesial frente a las realidades temporales. Paulo VI ese día, al clausurar la última sesión del Concilio, tuvo que salir a la defensa del sentido religioso y no simplemente antropológico del documento: “¿Qué ha visto en la humanidad que se ha puesto a estudiarla a la luz de la divinidad? Ha considerado, una vez más, su eterna doble fisonomía: la grandeza y la miseria del hombre. Pero este Concilio se ha detenido más en el aspecto dichoso que en el desdichado. Su postura ha sido muy a conciencia optimista. Una corriente de afecto y admiración se ha volcado hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad que la verdad; pero para las personas sólo invitación, respeto y amor: en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza...”

Esa es, precisamente, la riqueza que nos espera al volver a dirigir la mirada a “*Gaudium et spes*,” un legado no de letras impresas en un libro inerte sino el reflejo de la vibración del mundo en la intimidad de la existencia cristiana. El paso de los años le da a su mensaje la posibilidad de ser motivo de reflexión y dinamismo de acción.

-----

Me alegra especialmente que pueda acompañar la redacción de estos artículos con una lectura que hago tardía pero providencialmente: la de los dos volúmenes de “*La Tradición y las tradiciones*” del Padre Yves Congar, publicado contemporáneamente a las primeras etapas conciliares y con la luz que Su Santidad Benedicto XVI dio en la alocución a la Curia Romana del 20 de diciembre de 2012, en la que profundizó en el tema del diálogo,

fundamental para la comprensión del puesto de la Iglesia en el mundo contemporáneo. El Concilio –conviene tenerlo en cuenta--ya forma parte de la Tradición del cristianismo y el diálogo es postura irrenunciable para quien desea ser discípulo de Cristo en medio del mundo.

Congar definió de este modo Tradición: “...no es sólo memoria; trae consigo una profundización espiritual; pero no se conserva sólo en el espíritu sino en el ‘corazón’ que reflexiona amorosamente sobre lo que conserva; no es sólo fidelidad al recuerdo, es fidelidad a una adhesión viva.” Y ejemplifica los conceptos con la palabra de San Lucas sobre la Virgen María que “conservaba esas realidades en su corazón.”

-----

Todo diálogo, concepto subrayado por el espíritu conciliar, por consiguiente, comienza “en el propio corazón” pero su lanzamiento hacia el exterior es infinito.

Benedicto XVI ha expuesto la amplitud de su ámbito, como tarea de los miembros de la comunidad cristiana: “...Veo tres campos de diálogo para la Iglesia en nuestro tiempo, en los cuales ella debe estar presente en la lucha por el hombre y por lo que significa ser persona humana: el diálogo con los Estados, el diálogo con la sociedad –incluyendo en él el diálogo con las culturas y la ciencia—y el diálogo con las religiones. En todos estos diálogos la Iglesia habla desde la luz que le ofrece la fe, pero encarna al mismo tiempo la memoria de la humanidad...memoria de experiencias y sufrimientos. La cultura de lo humano ha nacido y se ha desarrollado a partir del encuentro entre la revelación de Dios y la existencia humana. La Iglesia representa la memoria de ser hombres ante una cultura del olvido, que ya sólo se conoce a sí misma y su propio criterio de medida. Pero así como una persona sin memoria ha perdido su propia identidad, también una humanidad sin memoria perdería su identidad. En el diálogo con el Estado y la sociedad, la Iglesia se esforzará junto con otras fuerzas sociales para las respuestas que se adapten mejor a la medida correcta del ser humano. Lo que ella ha reconocido como valores fundamentales, constitutivos y no negociables de la existencia humana, lo debe defender con la máxima claridad. Ha de hacer todo lo posible para crear una convicción que se pueda concretar después en acción política...En la situación actual de la humanidad, el diálogo de las religiones es una condición necesaria para la paz en el mundo y, por tanto, es un deber para los cristianos y también para los demás...”

Desde este horizonte podremos sin duda encontrar la actualidad de “Gaudium et spes” y su mensaje perenne, atento a la dignidad y vocación singular de los seres humanos.